

## LECCIÓN PRIMERA

[195] Vamos a iniciar una serie de consideraciones que, sin embargo, solo expresan en el fondo un único pensamiento, constituyente por sí mismo de una unidad orgánica. Si yo pudiera comunicar enseguida también a ustedes este pensamiento uno con la misma claridad con que hubo de morar en mí antes de que acometiera la empresa, y con que ha de guiarme en cada una de las palabras que diré, desde el primer paso se difundiría la luz más perfecta sobre el camino entero que hemos de hacer juntos. Pero tengo necesidad de ir construyendo paulatinamente en todas sus partes ante los ojos de ustedes este pensamiento uno y destilándolo de todos sus ingredientes constitutivos. Tal es la inevitable limitación que pesa sobre toda exposición. Y por obra de esta su ley fundamental solamente, se despliega y descompone en una serie de pensamientos y consideraciones lo que en sí habría sido un único pensamiento.

Como esto es así, necesito, ante todo porque aquí no van a repetirse solo viejas cosas conocidas, sino a abrirse nuevas vistas de las cosas, suponer y contar con que no extrañará a ustedes que al principio nada tenga aquella claridad que según la ley fundamental de toda exposición únicamente puede llegar a tener por medio de lo que vendrá después; y necesito requerir a ustedes a esperar la perfecta claridad únicamente al final y después de haberse hecho posible la visión del conjunto. Ahora bien, hacer que cada pensamiento venga a estar en su puesto y llegue a tener aquella claridad que puede llegar a tener en este puesto que

le corresponde –bien entendido, para aquellos que dominen la lengua alemana literaria y sean capaces de seguir una conferencia– es el deber de todo el que [196] emprende la exposición oral de algo, y yo me esforzaré seriamente por cumplir este deber.

Y, tras esta primera y única advertencia, vayamos ya, respetable público, sin más detención, a nuestro asunto.

Un cuadro filosófico de la edad contemporánea es lo que prometen estas conferencias. Ahora bien: filosófica solo puede llamarse aquella visión de las cosas que reduce una multiplicidad dada en la experiencia a la unidad del principio uno y común, y que, a la inversa, explica íntegramente por esta unidad todo lo múltiple y lo deriva de ella. El mero empírico, caso que procediera a una descripción de la edad, recogería y contaría diversos fenómenos notables de ella, tal y como se le ofreciesen en la observación casual, sin poder estar nunca seguro de que los había recogido todos y sin poder indicar nunca otra conexión entre ellos que la de coincidir en uno y el mismo momento. El filósofo que se propusiera hacer una descripción semejante buscaría independientemente de toda experiencia un concepto de la edad, que en cuanto concepto no puede darse en ninguna experiencia, y expondría los modos de entrar este concepto en la experiencia como los fenómenos necesarios de esta edad, y, como se comprende, habría agotado en esta exposición los fenómenos y los habría derivado en la necesidad de su conexión mutua por medio de su común concepto fundamental. Aquel sería el cronista de la edad; este, únicamente, habría hecho posible un historiógrafo de ella.

Ante todo, si el filósofo ha de derivar de la unidad de su concepto anticipado los fenómenos posibles en la experiencia, es claro que no necesita absolutamente de ninguna experiencia para realizar su tarea, y que meramente como filósofo, y manteniéndose rigurosamente dentro de sus límites, sin atender a ninguna experiencia, y pura y simplemente *a priori*, como ellos llaman esto con su expresión técnica, realiza su tarea, y, con referencia a nuestro objeto, ha de poder describir *a priori* la totalidad del tiempo y todas las posibles épocas de él. Pero enteramente otra cuestión es la de si en particular se caracteriza el presente por aquellos fenómenos que manan del concepto fundamental establecido, y si, por tanto, la edad descrita por el orador es la contempo-

ránea, caso que él afirmase también esto, como nosotros, por ejemplo, lo afirmaremos. Sobre este punto ha [197] de interrogar cada uno en su interior a las experiencias de su vida y compararlas con la historia del pasado, así como con sus presentimientos del futuro, ya que en este lugar ha llegado a su término la tarea del filósofo y tiene su comienzo la del observador del mundo y del hombre. Nosotros, por nuestra parte, no pensamos ser aquí nada más que filósofos, y no nos hemos comprometido a nada más. Pronunciar aquel último juicio tocará, por ende, totalmente a ustedes, tan pronto hayamos llegado a su lugar. Ahora continuemos con nuestro propósito de fijar y determinar ante todo nuestro problema fundamental.

En segundo término, cada una de las épocas de la totalidad del tiempo, de que hablábamos ahora mismo, es el concepto fundamental de una edad determinada. Pero estas épocas y conceptos fundamentales de las diversas edades solo pueden comprenderse a fondo unas con otras y unas por otras, por medio de su conexión en la totalidad del tiempo. Es claro, por ende, que el filósofo, para caracterizar justamente una sola de estas edades, y, si así quiere, la suya, necesita haber comprendido absolutamente *a priori* y penetrado íntimamente la totalidad del tiempo y todas sus posibles épocas.

Este comprender la totalidad del tiempo, como todo comprender filosófico, supone, a su vez, un concepto unitario de este tiempo, un concepto de un cumplimiento de este tiempo previamente determinado, si bien paulatinamente desarrollado, o en que cada miembro esté condicionado por el anterior; o, para expresarlo más brevemente y del modo usual, supone *un plan del universo* que se pueda concebir claramente en su unidad y partiendo del cual se puedan derivar íntegramente las épocas capitales de la vida humana sobre la tierra y se puedan comprender distintamente en su origen, así como en su conexión mutua. El primero, el plan del universo, es el concepto unitario de la totalidad de la vida humana sobre la tierra; las últimas, las épocas capitales de esta vida, son los conceptos unitarios de cada edad determinada acabados de mencionar, de los cuales hay que derivar, a su vez, los fenómenos de ella.

Tenemos, pues, lo siguiente: ante todo, un concepto unitario de la totalidad de la vida, el cual se escinde en varias épocas, que solo son

concebibles unas con otras y unas por otras; en segundo término, cada una de estas épocas determinadas es, a su vez, el concepto unitario de una edad determinada, y se manifiesta en múltiples fenómenos.

La vida de la humanidad sobre la tierra representa para nosotros, aquí, la totalidad de la vida una, y el tiempo de la vida terrena, la totalidad del tiempo. Estos son los límites dentro de los cuales nos encierra el carácter popular que deseamos dar a nuestra exposición, ya que de lo sobrerrenal y eterno no se puede hablar de un modo serio y a la vez popular. Aquí, digo, en estas conferencias, representan lo indicado para nosotros, pues en sí y para el más alto vuelo de la especulación es la vida humana sobre la tierra, y el tiempo mismo de esta vida terrena, solo una [198] época necesaria del tiempo uno y de la vida una y eterna, y esta vida terrena, junto con sus miembros accesorios, se puede derivar del concepto unitario de la vida eterna, ya aquí abajo perfectamente posible. Es meramente nuestra actual limitación voluntaria la que nos impide emprender esta derivación rigurosamente demostrativa, y solo nos permite dilucidar el concepto unitario de la vida terrena, con el requerimiento a cada oyente de comprobar este concepto en su propio sentimiento de la verdad y de encontrarlo justo, caso que pueda. La vida de la *humanidad* sobre la tierra, hemos dicho, y las épocas de esta vida de la humanidad sobre la tierra. Hablamos aquí solo del curso de la vida de la *especie*, en modo alguno del de los individuos, el cual permanece colocado en su lugar a lo largo de todas estas conferencias –y les requiero a que no pierdan nunca este punto de vista.

El concepto de un plan del universo es, pues, un supuesto de nuestra investigación, el cual, por la causa indicada, en modo alguno puedo aquí derivar, sino solo señalar. Digo, por ende –y coloco con esto la primera piedra del edificio a levantar–, digo: *el fin de la vida de la humanidad sobre la tierra es el de organizar en esta vida todas las relaciones humanas con libertad según la razón.*

Con *libertad* he dicho, con su propia libertad; la de la humanidad, tomada esta humanidad como especie; y esta libertad es la primera determinación secundaria del concepto capital por nosotros establecido, de la cual pienso partir, dejando a las conferencias siguientes las restantes determinaciones secundarias que pudieran necesitar igualmente de una explicación. Esta libertad debe aparecer en la conciencia

total de la especie y presentarse como su propia libertad, como un acto real y verdadero y como un producto de la especie, un producto que brota de la vida de la especie; así que la especie, como especie existente, tendría que suponerse anterior a este acto que ha de atribuírsele. (Si se dice que una persona determinada ha hecho algo, se supone que ha existido antes del acto, para tomar la resolución, y durante el acto, para ejecutarlo; y todo el mundo debe admitir que la prueba de la inexistencia de la persona en *ese* momento es al par la prueba de no haber actuado en el mismo momento. Igualmente, para que la humanidad, como especie, haya hecho algo y aparezca como habiéndolo hecho, es absolutamente necesario suponer como anterior a este acto la existencia de la especie en un momento en el cual aún no lo había hecho.)

De acuerdo con esta observación y con el concepto fundamental establecido, se divide, ante todo, la vida de la especie humana sobre la tierra en dos capitales épocas y edades: la una, en que la especie vive y es, sin haber organizado todavía con libertad y según [199] la razón sus relaciones, y la otra, en que lleva a cabo con libertad esta organización conforme a la razón.

Para preparar, pues, nuestra ulterior inferencia de la primera época, diremos que del hecho de que la especie no haya organizado todavía con un acto libre sus relaciones según la razón no se sigue que estas relaciones no se rijan en general por esta, ni, por lo tanto, queda en modo alguno dicho con lo primero lo segundo. Fuera posible, en efecto, que la razón por sí misma y su propia fuerza, sin cooperación alguna de la libertad humana, determinase y ordenase las relaciones de la humanidad. Y así sucede realmente. La razón es la ley fundamental de la vida de una humanidad, así como de toda vida espiritual; y en este modo, y no en ningún otro, debe tomarse en estas conferencias la palabra razón. Sin la actuación de esta ley no puede llegar en absoluto a la existencia la especie humana, o, si pudiera llegar, no podría mantenerse sin su actuación un momento en la existencia. Por consiguiente, allí donde, como en la primera época, la razón todavía no puede actuar por medio de la libertad, actúa como ley y fuerza natural, es decir, de tal suerte que entra y se manifiesta activa en la conciencia, solo que sin intelección de los fundamentos, o solo en la oscuridad del sentimiento (pues así llamamos a la conciencia sin intelección de los fundamentos).

En suma, y expresado del modo habitual, la razón actúa como un oscuro instinto allí donde no puede actuar por medio de la libertad. Así actúa en la primera de las épocas capitales en la vida de la especie humana sobre la tierra; y con esto quedaría esta primera época caracterizada de un modo más preciso y determinada en forma más exacta.

Con esta más exacta determinación de la primera época queda, por medio de la antítesis entre ambas, determinada al par, también de un modo más preciso, la segunda época capital de la vida terrena. El instinto es ciego, es una conciencia sin intelección de los fundamentos. La libertad, como la antítesis del instinto, es por ello vidente, y tiene conciencia distinta de los fundamentos de su proceder. Pero el fundamento total de este proceder de la libertad es la razón; a la libertad, según esto, le es consciente la razón, de quien el instinto no tenía conciencia. Por consiguiente, entre ambos, el dominio de la razón por medio del mero instinto y el dominio de la misma razón por medio de la libertad, se inserta todavía un miembro para nosotros hasta ahora nuevo: *la conciencia o la ciencia de la razón*.

Pero más aún. El instinto, como impulso ciego, excluye la ciencia. Por tanto, la génesis de la ciencia supone como ya acontecida la liberación frente al influjo apremiante del instinto, y una vez más se inserta entre el dominio del instinto racional y la ciencia racional un tercer miembro: *la liberación frente al instinto racional*.

Pero, ¿cómo podría la humanidad ni siquiera querer liberarse de la ley de su vida, que la domina con escondido y amado poder, del instinto [200] racional? O ¿cómo podría en la vida humana entrar en disensión y pugna consigo misma la razón una que había en el instinto y que actúa igualmente en el impulso de liberarse de él? Evidentemente, no de un modo inmediato. Por ende, necesitará surgir una vez más un nuevo miembro intermedio entre el dominio del instinto racional y el impulso de liberarse de él. Este miembro intermedio se produce así: los resultados del instinto racional pasan a ser, de un apetito tan natural como fugaz de elevar a sí la especie entera, o más bien de erigirse a sí mismo en especie, una autoridad exteriormente imperativa y mantenida en vigor con medios coactivos, por obra de los individuos más enérgicos de la especie, en los cuales, precisamente por ello, se expresa este instinto del modo más puro y más amplio, y entonces

despierta en los restantes la razón, ante todo en su forma de impulso de la libertad personal, que no se rebela nunca contra la dulce violencia del propio instinto, por él amada, pero sí contra la intromisión de un instinto extraño que usurpa sus derechos; y en este despertar rompe las cadenas, no del instinto racional en sí, sino del instinto racional de individuos extraños transformado en una institución de coacción exterior. Y así es la transformación del instinto racional individual en una autoridad coactiva el miembro intermedio que surge entre el dominio del instinto racional y la liberación de este dominio.

Y para completar, finalmente, esta enumeración de los necesarios miembros y épocas en la vida de nuestra especie sobre la tierra, añadiremos: mediante la liberación frente al instinto racional se hace posible la ciencia de la razón, hemos dicho antes. Conforme a las reglas de esta ciencia deben organizarse ahora, mediante el acto libre de la especie, todas sus relaciones. Mas es claro que para la ejecución de esta tarea no basta el conocimiento de la regla, el cual solo puede ser dado por la ciencia, sino que es menester, además, una ciencia especial del obrar, que solo por el ejercicio se convierte en habilidad práctica; en una palabra, que es menester, además, el arte. Este arte de organizar las relaciones todas de la humanidad conforme a la razón antes científicamente interpretada (pues en este más alto sentido nos serviremos siempre de la palabra arte, cuando la pronunciamos sin adjetivos), este arte habría, pues, de ser practicado y aplicado completamente a todas las relaciones de la humanidad, hasta tanto que la especie se presentase como una perfecta imagen de su eterno arquetipo en la razón, y entonces se habría alcanzado el fin de la vida terrena, se habría llegado a su término, y la humanidad pisaría las altas esferas de la eternidad.

Acabamos, respetable público, de formarnos el concepto de la vida terrena entera por su último fin, de comprender por qué nuestra especie debía iniciar su existencia [201] en esta esfera y de describir así la vida presente entera de la especie; y esto precisamente queríamos y era nuestra primera tarea. Hay, como consecuencia de lo expuesto, cinco épocas fundamentales de la vida terrena. Cada una ha de partir siempre de algunos individuos; mas, como para ser época en la vida de la especie ha de abarcarlos y penetrarlos a todos paulatinamente, durará un espacio de tiempo y el conjunto se extenderá a una serie de edades que

se entrecruzarán en apariencia y en parte correrán paralelas. 1. La época del dominio incondicional de la razón por medio del instinto: *el estado de inocencia de la especie humana*. 2. La época en que el instinto racional se ha convertido en una autoridad exteriormente coactiva: la edad de los sistemas positivos de la teoría y de la vida, que en ninguna parte se remontan hasta los últimos fundamentos, y por esta causa no logran convencer, pero en cambio apetecen imponerse por la fuerza y exigen fe ciega y obediencia incondicional: *el estado del pecado incipiente*. 3. La época de la liberación, directamente del imperio de la autoridad, indirectamente de la servidumbre del instinto racional y de la razón en todas sus formas: la edad de la absoluta indiferencia hacia toda verdad y del completo desenfreno sin guía ni dirección alguna: *el estado de la acabada pecaminosidad*. 4. La época de la ciencia racional: la edad en que la verdad es reconocida como lo más alto que existe y es amada del modo también más alto: *el estado de la justificación incipiente*. 5. La época del arte racional: la edad en que la humanidad, con mano segura e infalible, se edifica a sí misma, hasta ser la imagen exacta de la razón: *el estado de la acabada justificación y salvación*. Ahora bien, el camino entero que como consecuencia de esta enumeración hace la humanidad aquí abajo, no es nada más que un regresar al punto en el cual se hallaba desde un principio, ni pretende nada más que el retorno a su origen. Solo que la humanidad debe recorrer este camino por sus propios pies; por sus propias fuerzas debe hacerse nuevamente a sí misma lo que ha sido sin su propia intervención; y *por esto* tenía que dejar de serlo. Si no pudiera hacerse por sí misma a sí misma, no sería justamente una vida viva, y no habría sido realmente ni siquiera una vida, sino que todo habría permanecido petrificado en un ser rígido, inmóvil, muerto. En el paraíso –para servirme de una conocida imagen–, en el paraíso del recto obrar y del ser recto sin conciencia, esfuerzo ni arte, despierta la humanidad a la vida. Apenas ha cobrado valor para arriesgarse a vivir una vida propia, viene el ángel con la espada de fuego de [202] la coacción que hace ser recto, y la expulsa de la sede de su inocencia y de su paz. Vagabunda, fugitiva, yerra entonces por los desiertos vacíos, no atreviéndose apenas a fijar el pie en ninguna parte, de temor que el suelo se hunda bajo sus pasos. Prudente por magisterio de la necesidad, va reconstruyéndose penosamente, y arranca del suelo, con



el sudor de su rostro, las espinas y los abrojos del yermo para cultivar el fruto amado del conocimiento. El goce de este fruto le abre los ojos y le robustece las manos, y entonces se edifica su propio paraíso según el modelo del perdido; brota para ella el árbol de la vida, extiende su mano hacia el fruto y come y vive en la eternidad.

Esta es, respetable público, la descripción, suficiente para nuestro fin, de la vida terrena en su conjunto y en todas sus distintas épocas. Tan cierto como que nuestra edad contemporánea es una parte de la vida terrena, cosa que nadie dudará; tan cierto como que no son posibles otras partes de esta vida que las cinco indicadas, según lo he demostrado; tan cierto es que nuestra edad se halla en uno de los puntos indicados. En cuál de los cinco, será cosa mía indicarlo, de acuerdo con mi conocimiento y mi experiencia del mundo, y también el desarrollar los fenómenos que manan necesariamente del principio sentado; y la de ustedes, rememorar, y mirar en torno suyo, si ustedes no han tropezado con estos fenómenos interior y exteriormente, a lo largo de toda su vida, y no tropiezan aún; y este es el tema de nuestras futuras conferencias.

La edad contemporánea *en conjunto*, digo; pues, como se advirtió antes, que con arreglo a su principio espiritual diversas edades pueden perfectamente en uno y el mismo tiempo cronológico entrecruzarse y correr paralelas en muchos individuos, así es de esperar que acaezca también en nuestra edad y que, por ende, nuestra experiencia del mundo y del hombre, que aplica el principio apriorístico al presente, no logre alcanzar justamente a todos los individuos vivos actuales, sino solo a aquellos que sean realmente [203] productos de su tiempo y en los cuales este tiempo se exprese de un modo más claro. Puede uno quedar a la zaga de su edad, por no haber llegado nunca durante su formación a entrar en contacto con una masa suficiente de individualidad universal, y el estrecho círculo en el cual se haya formado ser todavía una reliquia del antiguo tiempo. Puede otro haberse adelantado a su edad y llevar ya en su pecho el comienzo del nuevo tiempo, mientras en torno suyo reina el para él viejo, mas en verdad real, actual y presente. La ciencia, finalmente, se remonta sobre todo tiempo y toda edad, aprehendiendo el tiempo uno e igual a sí mismo como el más alto fundamento de todas las edades y someténdolo a su libre consideración.

De ninguna de las tres cosas se habla en la descripción de una edad contemporánea.

Queda, pues, exactamente determinado el tema de todas nuestras conferencias en este invierno y en estas lecciones, y a mi parecer claramente expuesto y anunciado. Y este era el fin de nuestro discurso de hoy. Meramente sobre la forma exterior de estas conferencias, permítanme ustedes todavía unas palabras.

Cualquiera que sea en definitiva nuestro juicio sobre la edad y cualquiera que pueda ser la época en que nos sentimos impelidos a colocarla, no esperen ustedes aquí ni el tono de la queja, ni el de la sátira, sobre todo el personal. No el de la queja. Esta es precisamente la más dulce recompensa de la contemplación filosófica, que, como todo lo considera en su conexión, y nada mira aislado, todo lo encuentra necesario y, por tanto, bueno, y lo que existe, agrada, tal y como es, porque, por un fin más alto, debe ser. Tampoco es nada viril perder con quejas sobre el mal reinante un tiempo que se emplearía más sabiamente en producir, en la medida de nuestras fuerzas, bien y belleza. No el de la sátira. Un defecto que alcanza a la especie entera no es objeto adecuado de la burla de un individuo que pertenece a esta especie y que, comoquiera que se coloque, habrá tenido que pasar también por este defecto. Los individuos, además, desaparecen por completo ante la mirada del filósofo y se juntan todos para él en una única gran comunidad. Su arte de la característica aprehende todas las cosas con un rigor y consecuencia a que no puede llegar nunca el eterno vacilar de la realidad; por eso no se refiere a una persona, y, no descendiendo nunca hasta el retrato, permanece en la esfera del cuadro idealizado. Sobre la utilidad de consideraciones de esta especie será más adecuado dejar juzgar a ustedes mismos, particularmente cuando tengan ya detrás de sí una parte considerable de ellas, que hacerles a ustedes muchos encomios de ellas por adelantado. Nadie está más lejos que el filósofo de la vana ilusión de que mediante sus esfuerzos va la edad a progresar muy notablemente. Todo aquel a quien Dios [204] se lo permita debe, ciertamente, apurar todas sus fuerzas a este fin, aunque solo sea por amor de sí mismo y para asegurarse en el curso de los tiempos aquel puesto que le está señalado. Por lo demás, sigue el tiempo su marcha firme, la que le está destinada desde la eternidad, y no se deja sobrepasar o forzar nada en